



que intervienen en la Gran Zafra. Llegaron primero setenta y nueve y poco después veintitrés más; ciento dos en total. No hace falta insistir en que esta participación internacional reviste un carácter simbólico, de solidaridad con los macheteros cubanos; alcanza su mayor significación con la presencia de los voluntarios yanquis.

El ritmo de la Gran Zafra responde a los proyectos previamente establecidos. En estos momentos, el retraso en la recolección es sólo de tres días. Fidel Castro espera que esta mínima diferencia con el plan quedará superada en el mes de marzo, de modo que el 15 de julio, en el central Guiteras, de Oriente, se cumplan los diez millones de toneladas. El recuento de la producción se lleva a cabo en La Habana por medio de computadores electrónicos instalados en locales del Ministerio del Azúcar.

En un discurso pronunciado por Castro la semana pasada, a través de la Radio y la Televisión, el primer ministro cubano subrayó el auténtico sentido de este esfuerzo nacional sin precedentes: «Estamos decididos a no perder esta batalla; aquí estamos defendiendo el honor, el prestigio, la seguridad y la confianza del país en sí mismo». La Gran Zafra se desenvuelve en ciento cincuenta y dos puntos de la isla. Fidel Castro expuso meticulosamente la marcha del corte en todos ellos. Definió como «centrales críticas» a todos aquellos que, por razón de una superproducción basada en el mejor resultado de los fertilizantes, o de las variedades utilizadas en la siembra, poseen excedentes pendientes de la molienda. Entre ellos figuran las dieciséis centrales de La Habana. Para resolver este problema se ha creado un servicio de distribución que organiza la industrialización de la caña cortada. ■ E. G. R.

LA FALSA UNIDAD

Los grupos dominantes o clases rectoras, al «hacer la historia», imponen un lenguaje y unos conceptos que, siendo solamente la expresión de su realidad, son presentados como la imagen universal de la realidad del hombre. Ello ha hecho que una gran parte de los hombres haya de vivir en una permanente duplicidad, respetando y empleando una serie de convenciones que son, sin embargo, la expresión de unos intereses y modos de vida de otros. Colocados unos hombres determinados ante una situación de-

terminada, la analizan con argumentos propios de hombres y de situaciones distintos. Una serie de palabras generalizadoras, como españoles, occidentales, generación, esta época, estudiantes, etc., etc., se esfuerzan en establecer la unidad entre lo que, muchas veces, es heterogéneo.

La «relativización» de los conceptos, su desesquemmatización, parece que debe ser rápidamente conquistada si queremos llevar adelante, salvándonos de la abstracta, pero no neutra, «universalidad», ciertos

**art
buch
wald**

EL PARTIDO QUE PERDIO SU CABEZA

WASHINGTON.—Una lectora de Grosse Pointe, Michigan, quiere saber por qué siempre me meto con los republicanos y nunca con los demócratas. La respuesta es tan obvia, que me extraña que alguien haga tal pregunta. El motivo de que no me meta con los demócratas es que, en la práctica, no existen. Descubrí esto cuando me encontré con un demócrata dormido en un banco del parque. Cuando despertó, le dije:

—Querria hablar con su líder.
—Usted debe estar bromeando —contestó.
—No, no... Alguien mandará en su partido, supongo.
—Desde hace un año no tenemos líder. Desde la convención de Chicago lo es cada uno por su cuenta. ¡Oiga!, por favor, ¿podría darme veinticinco centavos para sufragar los gastos de mi campaña? —dijo mientras movía tristemente la cabeza.
—No me diga que no hay dinero en el fondo de los demócratas...

—La última vez que fui a la oficina general me echaron.
—¿Por qué?
—No lo sé —contestó, limpiándose la mejilla sucia con un viejo cartelón que tenía el retrato de Hubert Humphrey—. ¿Me creerá usted si le digo que hubo un tiempo en que a todas partes que miraba usted no encontraba sino demócratas? Ellos eran la flor y nata de Washington. Los intrigueros se los rifaban, los grupos de presión estaban deseando escuchar algo de nuestros labios para complacernos; algunos de nosotros comíamos en la Casa Blanca tres veces por semana. Fue la Edad de Oro para el partido. Mire: todavía tengo aquí un holigrafo que me regaló el presidente Johnson. ¿No le gustaría comprármelo?

—Ya compré dos a unos congresistas demócratas que los venden en las escaleras del Capitolio —contestó mientras negaba con la cabeza.
—Me lo temía —dijo—. ¿Y estas botas de cuero casi nuevas, hechas en Texas?

—No, gracias. Volviendo a lo del líder, seguramente han discutido entre ustedes el tema...

—Desde luego; estuvimos de acuerdo en que lo que el partido precisa en el Congreso es un líder juvenil, con imaginación y nuevas ideas...

—Estupendo.
—Por ese motivo decidimos apoyar al presidente de la Cámara, McCormack.

—¿Y qué me dice usted del Comité Nacional Demócrata?
—En lo que al dirigente del partido concierne, querremos alguien que pueda hablar por los demócratas, recaudar dinero para ellos y hacer que las distintas facciones del partido se pongan de acuerdo en las grandes cuestiones del día...

—Ciertamente, no se puede luchar sobre eso...
—No. Pero tampoco encontramos a nadie que quiera aceptar.
—¿Qué me dice sobre el hombre que se enfrentará al presidente Nixon en mil novecientos setenta y dos?

—Al partido le sobran candidatos. Ahí está Hubert Humphrey, y también, también... ¿No le interesa comprar un gorro mapache?
—Vamos a ver, ¿cuáles serán las cuestiones principales en la campaña para el Congreso este año?

—La inflación, el crimen en las calles y nuestra posición de defensa en el mundo entero.

—Pero esos son los mismos temas que utilizan los republicanos para derrotar a los demócratas...

—¿Para qué tener dos partidos si no pueden emplear los mismos temas para derrotarse?... ¡Oiga! ¿No quiere comprar una foto dedicada del alcalde Daley, de Chicago, el hombre que nos puso en el camino del olvido?

—Lo siento, pero yo nunca ayudo a ningún partido político...
—Mire —me dijo, sacando de un morral un puñado de papeles—, este es el original donde el ex presidente Johnson explica cómo decidió suspender los bombardeos en Vietnam. No hay duda de que algún día esto será buscado por los coleccionistas...

(Copyright 1970, The Washington Post, Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)